



La comunidad verde

Cada cierto tiempo se encuentran proyectos que generan en uno una reflexión en torno al diseño o la arquitectura, pero lo que se siente en Finca Bella Vista es absolutamente fuera de lo común y esta reflexión gira en torno a la naturaleza y nuestra relación con ella, cuestionando las normas básicas de cómo vivimos y nos relacionamos en nuestra sociedad.

Por: Paco Cervilla, diseñador / Fotografía: Germán Fonseca

ARQUITECTURA COMERCIAL



Matt y Ericka Hogan llegaron a Costa Rica hace cuatro años, en un viaje turístico en búsqueda de la mejor ola en la Península de Osa. Meses después de haber llegado, se transforman sus vidas y deciden abandonar sus posiciones corporativas y asumir un rumbo muy diferente, al comprar una finca que estaba prácticamente destinada a la tala de sus bosques, sin embargo, como ellos mismo dicen: "Fue casi una obligación proteger este santuario de vida".

Una vez transferidos a la finca, solos en un pedazo de selva de 140 hectáreas y sin saber que hacer con ella, Erika le propuso a Mateo hacer una comunidad en los árboles, como las casas de los Ewoks en *El Retorno del Jedi*, recuerda. De esta manera, inician toda esta aventura, con resultados muy fructíferos tanto para el ecosistema como para el desarrollo de la zona.

Paso a paso

La primera fase fue la construcción del campo base, donde en este momento está ubicada su casa, además de las oficinas centrales y algunas habitaciones para estudiantes a la orilla del río, además de un acogedor comedor comunal donde se consume lo que la misma finca produce, ya sean tubérculos o legumbres. La segunda ha sido la infraestructura como los *canopys* en la cual han tenido la supervisión de Owen Hyams, uno de los técnicos más importantes en el mundo en la construcción de plataformas de este tipo, también los accesos viales ya que en algún momento solo fueron caminos de penetración para los contrabandistas de maderas, senderos y cunetas para poder acceder a las parcelas de la finca y, finalmente, las casas en los árboles.



El realismo mágico se apodera de esta sala de estar con una columna viva que atraviesa el lugar fundiéndose con el resto de la decoración, haciéndola un lugar muy acogedor.



ARQUITECTURA COMERCIAL



En esta fase contaron con el soporte técnico de Treehouse Workshop, también Bubba Smith y Darryl McDonald, especialistas en construcción de casas en los árboles quienes trabajan alrededor del mundo. Una vez terminado este proyecto será único en su clase ya que casas en los árboles existen pero un complejo urbanístico de este estilo sería el primero de su tipo en el mundo.

Para llegar a una de las casas en los árboles se atraviesa el jardín principal subiendo por las laderas del campo base, por senderos de piedras gigantes y flores silvestres. El paisajismo está ajustado a su topografía. Por el sendero, a modo de calzada, con piedras de la zona, hay una sensación casi prehispánica del entorno; se llega a la primera de cinco plataformas de *canopy*, que es la manera más rápida de llegar a la primera casa construida en la finca. Una vez ahí, lo primero que resalta es el panorama y como la ubicación de la casa y sus vistas están pensadas para el total disfrute de una impresionante catarata y una pared de roca que se alza detrás del río, con una muralla de piedra caliza que en sí misma es una obra arquitectónica.

La casa tiene dos niveles que están atravesados por tres árboles. En la parte inferior, hay una pequeña cocina y una acogedora sala, de la cual se ve todo el cañón por donde pasa el río. Está construida en madera de plantación como teca y pino; en la estructura y los pisos se utilizó bambú. Al segundo piso, se accede por una pequeña escalera que lleva al cuarto principal, donde predomina una esencia asiática en su atmósfera. Un detalle interesante es que desde la cama se puede ver directamente hacia la catarata a través de una abertura circular de más de dos metros de diámetro por el que se llega a una pequeña estancia casi flotante en la inmensa selva que se encuentra a los pies. ►

La casa Mastate es un octógono unido a tierra mediante un puente colgante. En su interior se desarrolla una amplia habitación con terraza.



ARQUITECTURA COMERCIAL



ARQUITECTURA COMERCIAL



Castillo Mastate

La otra casa queda a un par de kilómetros del campo base. Para llegar a ella, se empieza una caminata a través del bosque, por un sendero entre raíces y árboles tan grandes como edificios. Al levantar la mirada, la piel se eriza de ver la estructura a más de 30 metros, con un puente colgante que cruza de un módulo a otro. El primero es un cubo transparente en cedazo y madera, donde está la cocina y una pequeña sala de estar, afuera el baño y un corredor por donde se accede al puente, suspendido en el aire por cables de acero anclados a otro módulo en el árbol. El solo hecho de atravesar el puente es una experiencia en sí misma, pero llegar a la casa es algo sobrecogedor.

En la primera planta, hay un espacio vacío de seis metros cuadrados que funciona a modo de observatorio, solo con el gigante árbol que aparece como una columna de proporciones desmedidas en el centro de la estructura con una pequeña escalera que da acceso al segundo nivel de 24 metros cuadrados; al llegar, hay un espacio social-mirador y luego el cuarto principal. En este, hay una visión de 180 grados, la jungla se mete por la piel y hay una sensación casi primitiva de volver a lo básico, a lo necesario, desprovisto de toda tecnología y lujos innecesarios, solamente uno con el árbol y su entorno.

Toda la comunidad tiene luz eléctrica generada por paneles solares, los sistemas hídricos que alimentan las casas llegan por gravedad y las aguas negras van a biodigestores, que descomponen los desechos sólidos; esto entre una de muchas de las reglas que tiene la comunidad (además de, claro, la prohibición de cortar un solo árbol). También se cuenta con asesoría de botánicos especializados para identificar los árboles adecuados para la construcción de una casa y especialistas como ornitólogos, científicos y estudiantes que vienen de universidades a visitar y aprender del plan, además de un equipo de costarricenses que trabajan día a día dentro del proyecto, responsables de darle esa calidez sensitiva al lugar.

Finca Bella Vista no es un hotel ni un centro turístico, es un proyecto comunitario sustentado en robustas bases de responsabilidad ambiental y social alternativa, un modelo que coloca a Costa Rica como ejemplo de experimentación arquitectónica en el mapa de un nuevo diseño poscrisis. Escapa de lo tradicional, logrando evocar sentimientos lúdicos, porque, seamos francos, quién puede decir que nunca se imaginó tener una casa en un árbol...

Arriba, izquierda. Vista hacia el cañón del río desde el cuarto principal de la casa Bellavista.

Página opuesta.

Arriba, derecha. Matt y Ericka Hogan, son los responsables de concebir una comunidad autosuficiente de mínimo impacto ambiental.

Abajo, derecha. La habitación tiene una profunda integración con la naturaleza.

